

llegando a alcanzar significado cuando son analizadas como participantes de un sistema o estructura histórica.

De cara a este planteamiento, los trabajos de orientación sociohistórica mencionados adolecen, en general, de un entendimiento parcial de la realidad histórica y cultural de los siglos de la primera modernidad en España, y en especial de la época de crisis del barroco. Así, en el caso de Parker, se sobrevalora el lado confesional de una literatura que habría surgido como consecuencia del movimiento contrarreformista, lo cual asume la especificidad española como resultado de una total ocupación del tejido mental de ese período por la ideología que surge de Trento. Es decir, después del concilio de Trento, se exigiría una literatura verosímil y responsable para combatir la literatura escapista de la época previa. El pícaro vendría a ser un delincuente en el sentido social (Lazarillo), moral (Guzmán), psicológico (Buscón).

A pesar de los brillantes resultados a que la rica interpretación de Parker conduce, quedan restringidos, sin embargo, a detectar los elementos más tradicionales (y por ese lado, católicos) aún vivos en la conciencia de la época. Maravall es consciente del peso de esos elementos, pero es también capaz de alumbrar aquellos otros que están actuando en su proceso de transformación, dentro del cual la secularización ocupa un lugar relevante. En su artículo sobre el tacitismo en España («La corriente doctrinal del tacitismo político en España»), Maravall estudia las nuevas condiciones para el surgimiento de una ciencia de lo político, entre las que se encuentra la nueva perspectiva experimental que considera posible el entendimiento de la personalidad e incluso de la psicología como participante de su entorno social. De esta forma, la tradicional aproximación al «alma» (con su consiguiente problematización de lo moral y lo pecaminoso cristiano) se halla en pugna con la nueva consideración protoexperimental del yo y su responsabilidad en el orden social.

Más problemáticos y parciales resultan, aún, los planteamientos de A. Castro, fundados en el carácter converso de la literatura picaresca. Para Castro todo problema de «deshonra» o marginación tendría como explicación el origen judío de esos individuos que son llevados a la literatura por autores, asimismo, conversos. Es decir, Castro establece una «relación de causa y efecto entre la situación de los conversos de origen judío y la tonalidad propia picaresca.» Para él, la acrimonia de la crítica picaresca vendría a ser una réplica de estos conversos a las heridas infligidas por ciertos cristianos viejos.

Las diferencias entre el planteamiento de Castro y el de Maravall se basan sustancialmente sobre el concepto de honor y, en último término, en sus respectivas visiones de la construcción de una sociedad moderna durante los siglos XVI y XVII. Para el primero, la noción de honor no se habría aún diferenciado de sus elementos tradicionales, es decir la pertenencia a grupos de poder excluyentes y cerrados que en última instancia para Castro demostraría la influencia viva de las configuraciones sociales y culturales semíticas; así que lo primordial de esa sociedad sería su carácter de casta que, en su enfrentamiento con las posturas ideológicas cristianas, se vería obligada a adquirir formas de conducta «hipócrita» como medio fundamental de subsistencia y como manera inmediata de evitar la persecución y la represión. De ahí la angustia y el carácter agónico de lo

hispano que relega su «autenticidad» a lo privado al mismo tiempo que adquiere una máscara en lo público.

A diferencia de Castro, Maravall conecta la noción del honor con la de la riqueza dentro del contexto de una sociedad estamental. De esta forma el honor adquiere paulatinamente un carácter intercambiable gracias al crecimiento que desde finales del siglo XV posibilitó una dinámica que llevaría al relajamiento de los límites de estratificación social. Uno de esos límites en una sociedad tradicional está precisamente marcado por el *honor*. La identificación honor-riqueza dio pie a un endurecimiento de la estratificación cuando los grupos que tienen y ejercen el poder comienzan a percibir una posible pérdida de privilegios. Eso ocurre alrededor de 1600 de acuerdo a lo que pasa en otros países europeos, es decir en esas sociedades estamentales que también se sentían amenazadas en su concepción jerárquica tradicional.

Bataillon da una dirección más firme a las ideas de Castro y se fija, «no en la limpieza o en la impureza de sangre (que, a menudo, no es fácil de comprobar) de los autores de las principales novelas picarescas, sino en la presencia de esta pretendida pureza e impureza en el mundo de los personajes de estas obras, principalmente en lo que atañe a la presentación de sus héroes.» El concepto utilizado por Maravall, sin embargo, sobre la aspiración social de medro como anhelo de una honra conectada con toda una gama de privilegios, esto es, *status social* que le proporcione al *pícaro*, i. e., al «desvinculado», un modo de vida entregado a la ociosidad a la manera de los distinguidos, se distancia de modo sustancial de los planteamientos aludidos y de los estudios que se conectan con esta perspectiva, como es el caso de la tesis de Molho sobre el pensamiento picaresco que se basaría en la dialéctica honor-antihonor entendido éste último «como identificación con el dinero y las mercancías» (Molho 195).

Los planteamientos de Maravall sobre la literatura picaresca también se distancian de otras aproximaciones de corte marxista. A grandes rasgos la diferencia se establece en la denominación del tipo de conflicto social; estas aproximaciones pretenderían imputar la noción de «lucha de clases» a la situación creada bajo el sistema de privilegios monárquico-señorial. Piénsese, por ejemplo, en E. Tierno Galván (*Sobre la novela picaresca y otros escritos*, 16) cuando habla del «proletariado como clase» en la novela picaresca y llega a «incluir dentro del género cualquier novela en la cual el proletariado, es decir, la clase o grupo explotado, marginado respecto de las convenciones morales que rigen la convivencia, se ofrece como protagonista, con conciencia de clase y capacidad crítica.»

Maravall, sin embargo, considera que lo que realmente define a esa situación es una «lucha social»; primero, porque «no se puede dar el tipo de grupo definible como "clase" hasta que la revolución industrial ambiente el choque político de trabajador y propietario» (*La picaresca desde la historia social*, 621), lo que a su vez significa, segundo, que no se puede hablar de sociedad de clases hasta que todas las fuerzas productivas hayan adquirido su condición de mercancía. Ahora bien, el entrar en una polémica de tipo ontológico sobre las diferencias entre clase y conciencia de clase resulta poco explicativo de la realidad que se dio históricamente en los siglos XVI y XVII, pues, como Maravall demuestra —apoyándose en la *Ideología alemana* de Marx— lo que define a tal lucha social es su radical *insolidaridad*, no ya sólo entre los individuos que componen los grupos inte-

grados sino también entre los que componen los sectores no integrados. Entre estos últimos sectores, tal insolidaridad es fruto de la nueva situación de competencia y agresión individualizadas que caracteriza «los tiempos del primer débil capitalismo» (622). En el caso del testimonio del pícaro, esta agresión y competencia se instrumentaliza mediante el miedo: «En el marco de ese final cruel de una época que empezó siendo vista auralmente como Renacimiento, se inscribe el fenómeno de anomia y agresión del pícaro, una de esas formas del individuo contra el individuo» (623).

Dentro de una perspectiva marxista, A. del Monte reconoce la inadecuación de la noción de clase para caracterizar tanto a los grupos intermedios (o según él «apicarados») como a los grupos no integrados:

«Entre las dos clases, la de la aristocracia y la del pueblo, había una gran masa que no había conseguido constituirse en clase y que vivía al margen de la sociedad y de sus leyes, aún sin caer en la condición del pícaro. Este estamento intermedio formaba un estrato amorfo, heterogéneo, inclasificable, despreciado por la aristocracia, que despreciaba al pueblo a su vez, y que no conseguía convertirse en burguesía, confundiendo muchas veces con el pícaro, que no puede clasificarse en la sociedad y actúa contra la sociedad» (del Monte 72-73). La novela picaresca sería una consecuencia de esta situación y el personaje literario del pícaro, una condensación de los elementos «intermedios» y de los no integrados como forma de contestación a los mitos sociales (73). Maravall difiere de este planteamiento ya que para él son estos «grupos intermedios» elementos *integrados* al sistema monárquico-señorial, que desean manifestar su postura crítica ante la crisis que perciben y ante la incapacidad que los grupos de poder manifiestan para superarla.

La utilidad del concepto de lucha social reside en el hecho de que en él se superponen los nuevos elementos de conflicto y dinámica social con aquellos otros que persiguen el mantenimiento de un orden estático y cerrado. Es precisamente este enfrentamiento entre lo tradicional y lo moderno lo que se testimonia en todas las esferas de la cultura, con lo que la sobrevaloración de uno u otro componente no consigue sino desvirtuar el período histórico.

Dentro del contexto interpretativo de la cultura del barroco —cultura conservadora, urbana, masiva y dirigida— la literatura picaresca testimonia el surgimiento de una conciencia crítica en sectores que buscan y necesitan un espacio autónomo de actuación social y económica dentro de una estructura histórica marcada por el dirigismo del complejo monárquico-señorial. La picaresca vendría a llenar ese espacio mediante la difusión de mensajes y propuestas implícitas de reformas sociales. Esos mensajes inscritos en los textos picarescos destinados a la lectura, posibilitaban una reflexión crítica al margen de las proyecciones alienadoras de los espectáculos teatrales que se prestaban a una recepción de tipo masivo.

La cultura urbana del barroco no es sino la cultura de los integrados que aceptan ceder a los poderes políticos de base señorial, aquella libertad que la soberanía había formalizado durante el proceso de desarrollo del XVI, con la intención de aplastar el campo (*La cultura del barroco* 226-246). Tras estas fases de investigación, Maravall cierra su obra con la visión del proceso en su conjunto desde la perspectiva de la libertad picaresca: la libertad desvinculada. La desvinculación surge desde conciencias individuales y, por